

Ese pegajoso corazón

Fernando Torre, msp.



«Mucho cuidado con ese pegajoso corazón»¹, le dice Concepción Cabrera a su hija Religiosa de la Cruz.

Con el término “corazón” designamos los afectos, los sentimientos, las emociones. A veces también nos referimos al centro de la persona, a su interioridad. Los otros dos elementos que constituyen la personalidad son la mente –o la inteligencia– y la voluntad.

El corazón es dinamismo, fuerza, pasión, vínculo, fuego. Del corazón surgen los santos anhelos y el entusiasmo, pero también de allí brotan el orgullo y las malas intenciones (Mc 7,21-23). Por eso, el profeta Jeremías dice: «Nada hay tan engañoso como el corazón humano» (17,9).

Pues el corazón –dice esta mujer «querendona»²– es «pegajoso»: se adhiere a personas, lugares, cargos, cosas; crea vínculos, elabora fantasías, vibra cuando se siente amado, se entristece cuando es rechazado. Es insaciable.

Concepción le recomienda a su hija –y nos recomienda a nosotros– que tenga «mucho cuidado» con ese pegajoso corazón. A primera vista parecería una visión pesimista del corazón humano, pero no. Cuidamos con esmero lo que consideramos valioso (un diamante, una amistad) o delicado (un objeto de cristal, la salud).

Conocemos personas que, por arrogancia, ignorancia o insensatez, descuidaron su corazón y acabaron mal: el profesor casado que se enamoró de una alumna... / el sacerdote anclado a una parroquia... / la religiosa que a diario hablaba con... / el gobernante aferrado al poder... / el setentón... / la adolescente... Nadie es inmune a las ilusiones afectivas ni a los apegos.

Por eso, «mucho cuidado» con ese corazón. Este cuidado implica atención, prudencia y renunciaciones; implica que el río caudaloso de nuestros afectos se dirija a nuestros valores y opciones, y que vaya dentro de los márgenes que le marcan la inteligencia y la voluntad.

¹ Carta escrita el 19 abril 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 384

² C. Cabrera, *Autobiografía*, 1,25.